

# EL CATOLICISMO.

PERIODICO QUINCENARIO.  
Religioso, filosófico i literario.

Non enim quod bonum est malé accipiunt et rursus in pacem colimus, legitime pugnantes, atque infra límites nostros...

F928

## Catolicismo—Civilizacion.

I.

No podemos pedir a los hombres fe, como no podemos pedirles talentos o belleza. La fe es una virtud que da Dios; la acepta la humildé sumision a la eterna subiduria, i la rechaza la soberbia i el orgullo. Pero sí podemos pedir a los hombres que con el caracter de filósofos, se dan la misión de instruir a los pueblos, sinceridad i buena fe. Desde que nos anunciamos al mundo queriendo formar una nacion independiente, tomamos el empeño de levantar nuestro edificio social sobre las bases de libertad i fraternidad, i guindos por la civilizacion. El filósofo, el político, el patriota, que trabaja de buena fe en tan noble empresa, recoje, acumula, coordina todos los elementos, que garantizan, que allanzan, que protejen la libertad, la fraternidad, la civilizacion. Desechar, despreciar o combatir una institucion preciosa, fundamento de tales beneficios, seria mas que torpeza, seria un delito, seria un crimen contra la patria. Nuestra República, hoy pobre i débil, no puede ser grande, próspera, i respetada, sino construida sobre aquellas bases, sino elevada por la civilizacion. Si, pues, desde el origen de la sociedad se ha reconocido generalmente que la religion es el principal apoyo del gobierno, el fundamento de la moral, la base sólida i necesaria de las leyes, sin la cual las instituciones mas sabias, i los mejores gobiernos no podrían subsistir, nuestros filósofos, nuestros políticos, trabajaran con patriotismo, con sinceridad i buena fe, si basean, sostienen i defienden esa religion, fundamento i base de un estable i sólido gobierno.

La religion católica ha sido el primero i mas grande beneficio, con que dotó la Divina Providencia nuestra naciente República, es decir nuestra República que ha adoptado en su sistema político, los principios de libertad racional, de fraternidad universal, de igualdad legal, de civilizacion i de progreso, ha sido dotada con aquella religion, que disipando las tinieblas del paganismo, legó al mundo la civilizacion, la que se vé al frente de todo progreso útil a la humanidad, la que se asocia a todo movimiento que conduce a la libertad; la religion que odia al despotismo i la tiranía, que protege a los pueblos contra los déspotas, que enseña la obediencia a la lei; la religion que dá vida a las artes, fomenta el culto de las musas, alienta la industria, fecunda el espíritu de asociacion, preside a la difusion de las luces, i al progreso de las sociedades. ¿Cuál, pues, debiera ser la solicitud de los hombres verdaderamente patriotas, de mantener intacta, pura, esa religion de fraternidad, i de paz, protectora de la libertad, madre de la civilizacion? ¿I podrán llamarse filósofos, políticos, patriotas, amigos de la libertad i de las luces, los que a pretexto de emancipar la inteligencia, de destruir la supersticion i las corrupciones, minan la mas grande, la primera de las instituciones, a la que el mundo debe la libertad, el amor mutuo, la civilizacion? Desde que en el Gólgota se levantó el signo de salud, sonó para los pueblos la hora de la libertad, dió principio el gran día de ella hasta a los enemigos, se levantó el

sol brillante de la marcha ascendente de la especie humana.

Desde que empezó esta nueva era, fuéronse reconociendo los derechos del hombre, cimentándose las ideas de paz, de orden i de gobierno, perfeccionándose las instituciones políticas, mejorándose la organizacion social, estendiéndose por las naciones el fuego de la libertad, i progresando la sociedad en todos sentidos, hasta venir los reyes unos tras otros a deponer sus coronas al pié del arbol de la libertad. ¿Qué corazon no ha palpitado, en nuestros dias al ver al jefe de la Iglesia católica invocar a la faz del mundo, el nombre de la pura, de la santa, de la noble libertad! i añadiendo a su tiara una nueva corona, trazar a los reyes i a los pueblos, como en 19 siglos, la senda abierta por el progreso de las luces!

Mas ¿qué ha detenido este vuelo en la marcha progresiva del género humano? ¿qué funesto golpe ha estinguido el amor de la libertad, en sus mas ardientes adoradores? ¿por qué se duda hoy de la perfectibilidad a que parecia marchar la especie humana; de los progresos indefinidos de las instituciones i de la civilizacion? ¿qué oscura nube se levanta sobre las conciencias, i esparce una sangrienta i pálida luz sobre las inteligencias? por qué se ha perdido la fe i la confianza en la marcha de la sociedad...? ¿por qué en medio de esta marcha pacífica, se levantan falanjes de furiosos que declaran la guerra a la naturaleza humana, conmueven los fundamentos de la sociedad, i minan las bases eternas de la justicia social, de los derechos del hombre, de la verdad inmutable; furiosos que esgrimen el puñal demagójico a la vista del oriflama de la libertad, empapan en sangre, i arrastran por el lodo, esta bandera objeto del culto de los ardientes defensores de la libertad i de la civilizacion? ¿por qué el ilustre Pontífice se detiene espantado a la presencia de tantos cesos, en su noble i heroica marcha; i que detiene aterrados a los que antes saludaron con entusiasmo, abrazaron con pasion, i coadyuvaron tan activamente al movimiento del impulso dado a la sociedad por el jefe del catolicismo?

¿Tan graves acontecimientos no deben darnos importantes enseñanzas, proveernos de útiles lecciones a los que trabajamos en construir nuestro edificio social sobre bases firmes, sólidas, e inmutables? Desde que los pueblos se desviaron de la senda trazada por el catolicismo, se ha hecho dudosa la marcha progresiva de la sociedad; crímenes atroces han empañado el brillo de la civilizacion; la historia se traza con caracteres de sangre, dejando consignados en ella tremendos i funestos recuerdos, i a medida que los pueblos se alejan mas de esa senda, parece abrirse una inmensa sima que amenaza tragar la libertad i la civilizacion, obra del trabajo de tantos siglos; los filósofos, los políticos, los hombres de estado ven con espanto ese profundo abismo; desaparecen a su presencia sus mas queridas ilusiones, el desencanto se sucede a ellas i retroceden estupefactos, o marchan por entre tinieblas, i el mundo se detiene como perdida la brújula que le guiaba.

Se ven, es verdad, escritas por todas partes las palabras de libertad, igualdad, fraternidad; se oyen en todas las bocas, se consignan en las constituciones políticas de los pueblos; pero no son sino palabras;

la religión católica sola ha creado las cosas, que significan aquellas, las imprime en los corazones i las hace positivas en la vida habitual, ¿cuál es el hombre sensato, el sincero amigo de la patria, que quiera cavar ese abismo en que se sepultan religión, costumbres, las leyes santas de la sociedad, i hasta las nociones de la verdad, de la justicia i del derecho, la herencia del catolicismo, riqueza acumulada con tanta pena en 19 siglos, para darnos en cambio ese eterno círculo de revoluciones, esa rebelión permanente contra las instituciones i el gobierno, contra los principios sociales, contra todo lo que forma la riqueza, la fuerza, el esplendor de la civilización? Sería una insensatez imperdonable, imposible sería reconocer, amigos de la libertad, de la República, a los que turbaram al catolicismo en su obra de civilización; el catolicismo es su fuente, i preciso es no desconocer su obra.

Veamos al catolicismo desde su origen obrando sobre la inteligencia del hombre, imprimiendo el movimiento de libertad, de caridad, de progreso al género humano: «El reino de Jesucristo, decía Tertuliano, era mas estenso, antes del tercer siglo, que los imperios de Nabucodonosor i de Alejandro, i que el imperio de los romanos. Nosotros no somos sino de ayer, i llenamos todo vuestro imperio, vuestras ciudades, islas, castillos, aldeas, campos, tribus, decurias, vuestros palacios; senado i plazas públicas.» La Iglesia católica a pesar de las violentas persecuciones, de que había sido el objeto, era ya una estensa sociedad fuertemente constituida; i Arnobio confirmando el lenguaje de Tertuliano da a los paganos como prueba sensible de la verdad de la religión, esa pronta i universal difusión del cristianismo. «Si el evangelio, les dice, no es la verdad misma, ¿cómo ha podido tan rápidamente llenar el mundo? ¿cómo ha podido unir en un mismo espíritu, naciones tan distantes, de tan diferentes climas? ¿cómo nuestros dogmas han podido propagarse conquistando a las naciones al amor de Jesucristo, forzándolas a deponer su aspereza i su barbarie, i despojándose de su ferocidad, entrar por la senda de la civilización abrazando sentimientos humanos?»

El gran Constantino, profesando i protejiendo el cristianismo, no hizo sino ceder al torrente civilizador que impulsaba a su siglo; otra política habría sido falsa i aventurada. Cuando Voltaire i los enemigos del catolicismo pretenden que la conversión de Constantino fué solamente obra de la política, confiesan, por el mismo hecho, la difusión del cristianismo, su irresistible poder civilizador, i la necesidad de colocarlo en el trono, i esto es lo que demuestran todos los monumentos de la historia. Dios había dado al mundo la religión que debía impeler al género humano ácia todo progreso social, pero quiso que se extendiese, como obra divina, sin el auxilio o apoyo del poder humano, antes de llamar a los príncipes de la tierra a sostenerla por sus decretos. Dios, dice Bossuet, que sabe que las mas grandes virtudes, son hijas de los sufrimientos, ha fundado su Iglesia por el martirio, manteniéndola en este estado el espacio de 300 años, sin un momento de descanso; llamó a los emperadores, hizo al gran Constantino un protector del cristianismo, cuando una larga experiencia había mostrado que la Iglesia no tenía necesidad del socorro humano, o del poder de los grandes de la tierra. El poder de la verdad se establece a pesar de los reyes, i era su destino el que en la serie de los tiempos los tuviese por discípulos i defensores. No llamó Dios a los reyes a construir la Iglesia católica; pero una vez elevada sobre sus eternas e inmutables bases, entonces les dijo: *et nunc reges.*

Si no era dado a los pueblos resistir al poder de la verdad; si la religión debía disipar las tinieblas del paganismo, si con la fé debía difundirse la luz por todas partes, su obra no estaba terminada, su influjo debía ser continuo e incesante, penetrar por medio de los siglos, a través de las persecuciones,

del dolor i de los sufrimientos, luchando siempre contra las fuerzas i el jenio del mal. Las calamidades llovieron sobre la sociedad desde el siglo IV, entonces como hoy en medio de los desórdenes i de los crímenes parecía huir la civilización de la faz del mundo; pero la religión cuidaba de su sagrado depósito i como las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, los gritos de los impíos e incrédulos, los proyectos de audaces novadores, las manos sangrientas de los desorganizadores de la sociedad no abatirán el pendon de la civilización confiado por la Divinidad al catolicismo.

La edad media con relacion a la civilización, ya se la compare a los tiempos que la precedieron, o a los que la siguieron, presenta un espectáculo triste i aflictivo. Los pueblos bárbaros que se dividieron las reliquias del imperio romano en Occidente, extraños absolutamente a las ciencias i a las artes, sin otra ocupacion que la caza i la guerra, sin otra lei que la violencia, otra gloria que la de las conquistas, no dejaron en la historia sino el recuerdo de calamidades i desórdenes; vemos en ella, la sociedad sin poder, el gobierno sin fuerza, las leyes sin autoridad, i por todas partes la corrupcion de costumbres.

En medio de tan completa desorganizacion de la sociedad ¿qué habría sido de los pueblos agoviados bajo el peso de las desgracias que los desolaban? ¿qué dique podían oponer al torrente devastador de la barbarie? ¿qué jenio tutelar de las sociedades se encargó de conservar el hilo de la civilización, amenazada de aniquilamiento; qué mano la salvó de en medio del caos; qué poder presidió a la reorganizacion de los pueblos, i le preparó el trono en que debiera brillar en siglos posteriores? la religión católica. Desconózcanse estos hechos por sus enemigos, presenten al catolicismo como enemigo de la libertad i civilización; ahí está la historia, ahí están los monumentos de los siglos.

Los sentimientos de algunos escritores nada sospechosos por sus preocupaciones contra el catolicismo, de acuerdo con el testimonio de la historia, contrastan con aquellos que fingiéndose amigos de la Iglesia, la escarnecen i atacan. Los Obispos, dice Hallam, adquirieron i conservaron su ascendiente, por una influencia muy respetable: la de la superioridad de las luces; ellos fueron encargados de la correspondencia política, i de la redaccion de las leyes; conociendo solos, los elementos de algunas ciencias, fué una de sus atribuciones la educación de las familias reales. A la caída de Roma su influencia mitigó los furros de la conquista, i preservó en parte a los habitantes de las provincias, de las funestas consecuencias de esa espantosa revolución. Si se pregunta cómo pudieron conservarse algunos restos de la literatura antigua, durante este largo invierno, no podemos atribuir este beneficio sino al establecimiento del cristianismo. La religión sola, por decirlo así, arrojó un puente al través del caos, i mudó entre las dos épocas la civilización antigua i moderna. En todo el curso de la edad media casi no se hallaban hombres de algun mérito sino en los capítulos o conventos; el mas grande servicio que ellos hicieron a las letras, fué el depósito seguro de los libros, i gracias a su erlo e ilustracion, fueron conservados todos nuestros manuscritos.»

M. Guizot despues de reconocer la saludable influencia del catolicismo sobre la sociedad bajo los primeros emperadores, i en las nuevas monarquias elevadas en Occidente sobre las ruinas del imperio romano desde el siglo V, presenta esta ventajosa influencia como una de las principales causas de la civilización europea. «Entre los cristianos de esta época, dice, había en el clero hombres que habían pensado en todo, familiarizándose con las cuestiones morales i políticas; hombres que tenían opiniones fijas, sentimientos enérgicos, i un vivo deseo de propagarlos. La Iglesia atacó a la barbarie por todos lados para civilizarla. — Todos los elementos de la sociedad moderna estaban en la decadencia e en la infancia, i la

Iglesia sola poseía a la vez el movimiento i el orden, la energía i la regla; es decir, los dos grandes medios de influencia.—Así su influjo sobre la civilización moderna ha sido muy grande, mas grande de lo que han querido sus mas ardientes adversarios, i aun sus mas celosos defensores. Ocupados en combatirla o en servirla, no la han considerado, sino bajo un punto de vista polémico, i no han sabido ni juzgarla con equidad, ni medirla en toda su extensión.—La simple enumeración de los hechos i de los principios dominantes en la Iglesia revelan i esplican su influencia jeneral sobre la civilización europea. Esta influencia ha sido saludable, no solamente por que ha conservado i fecundado el movimiento intelectual, sino porque el sistema de doctrinas i preceptos en nombre de los cuales imprimía el movimiento, era muy superior a todo lo que el mundo antiguo habla conocido; había en el catolicismo a la vez, movimiento i progreso.»

Fue desde luego una inmensa ventaja esa influencia moral, ese poder apoyado en ciencias, convicciones i sentimientos morales, en medio del diluvio de fuerza material que pesó en esa época sobre la sociedad. Si el catolicismo no hubiese existido, el mundo entero hubiera sido entregado a la sola fuerza material.

¿Bien: los incrédulos que aspiran a ser entre nosotros políticos i hombres de estado ¿querrían constriñir nuestra República atacando las bases de la libertad i civilización? Los entusiastas por la libertad, los sinceros amigos del progreso i de las luces, no deploraríamos con razon el que se mine la religión institutiva de los pueblos, protectora de sus libertades, fuente del progreso i de la luz, arca santa de los derechos del hombre elevado a su dignidad desde el día que su autor divino, concedió al jénero humano tan magnífico don? Los verdaderos filósofos i hombres de estado no son hoy, fuera de la senda trazada por el catolicismo, sino abismos insondables que hielan sus almas i estinguen en sus corazones los sentimientos jenerosos. No tengan fé nuestros incrédulos enemigos de la religión nacional, pues que la rechazan; pero ¿quieran ellos consultar la filosofía, la política la historia!

### Abuso de palabras.

#### SENTIMIENTO RELIJIOSO.

Desde que el desvergonzado lenguaje de la incredulidad del siglo XVIII dejó de ser de moda, fue reemplazado por palabras que, encerrando una idea buena, la espresaron de una manera insuficiente, usando de ellas en lugar de otras mas claras i completas. Desde entonces para no confesar la religión positiva, sin chocar de frente con los verdaderos creyentes, se habla del *sentimiento religioso*, en vez de hacerlo de la *religion*: aquel es considerado como respetable, útil, importante a la sociedad; pero en semejantes apolojías solo se percibe un lenguaje que tiene afinidad con la verdadera religion, sin reconocerla ni confesarla jamas, sin que pueda ocultarse que el uso de términos jenerales en cuestiones tan graves, encierra alguna falacia.

¿Qué es el *sentimiento religioso*? Esta palabra no da mas que una idea—la de la pasión de la religion en la humanidad; porque todo sentimiento es una pasión.

Esta pasión existe, es natural en todo hombre, i se muestra en el salvaje, como en el civilizado: aquel como este, la sienten; pero ella no constituye la religion, es solo una parte suya. «La religion, dice el P. Lacordaire, es el comercio *positivo* i *eficaz* del hombre con Dios... La religion es juntamente una pasión i una virtud, la mas grande pasión i la mas grande virtud de la humanidad; pasión que solo satisface la doctrina católica, virtud que solo produce la doctrina católica.» La humanidad, dice mas adelante, tiene la pasión de unirse a Dios en una relacion positiva i eficaz: porque una pa-

sion no es otra cosa, que una necesidad vivamente sentida, un atractivo insensible que nos lleva ácia un objeto, para hacer de nuestra vida la suya, i de su vida la nuestra.»

Pero ¿qué hai en todo esto, sino una disposición para otra cosa mejor que esa pasión? Las pasiones buenas son al alma para su dicha, lo que todo medio para su fin; si se emplea bien, se consigue con facilidad el fin; si mal, el mismo medio es un obstáculo. El sentimiento religioso, la pasión de la religion, que nos impele ácia Dios, alumbrado i dirigido por la fé, llega a ser virtud; i cuando es virtud, nos pone en relacion positiva i eficaz con Dios: mal dirigido conduce a la superstición: descuidado, se somete a los sentidos, i entonces esa pasión i ese amor, se desnaturaliza. se convierte en odio, en odio de Dios, en la impiedad. Porque desde que falta la virtud de la religion, solo queda la pasión, que entonces sirve para inspirar el temor, el cual nace de la certidumbre del poder de Dios: i esta certidumbre no deja asilo a la pasión, persiguiéndola incesantemente en el fondo de la conciencia, mientras no vuelva al sendero del orden que le fué dado por su autor; mientras que no sea un medio bien empleado.

La pasión es debilidad, porque es una necesidad sentida: la virtud es fuerza, porque es la fortaleza del alma que cumple el bien; i para cumplir el bien es menester vencer al mal. Si para desear a Dios, para sentir i conocer nuestro vacio, para admirar las obras del Criador, no se necesita fortaleza, i basta el sentimiento; cuando es preciso que nuestro comercio con Dios sea eficaz, cuando es necesario que dividamos nuestra vida para estar realmente en comercio con Dios, entonces se declara en nosotros, o estalla esa enfermedad que cristianos i jentiles sienten, i que la fé católica esplica con toda su historia en la caída del primer hombre: esta enfermedad nos traiciona; necesitamos de fortaleza para vencerla i ejercitar la virtud de la religion.

¿Por qué los impíos mas declarados no se contentan con hablar de los sentimientos, o pasiones que disponen al alma para las virtudes meramente morales, o diremos humanas, i hablan de ellas esplicitamente, definitivamente? La razon es clara; porque en esto no tienen interes en disimular, sino en confesar, para no enajenarse la buena sociedad. Pero cuando el discurso rueda sobre la religion, solamente admiten lo que no les compromete a reconocer la fé católica. Asi vemos que no faltan quienes hablando bellamente del sentimiento religioso, creen dar una completa solución contra la fé católica, diciendo: si el catolicismo es tan manifiesto, si está tan bien establecido, ¿cómo yo no soy católico? ¿cómo no lo son otros tantos? No sois católicos, por la misma razon que no sois castos, que no sois humildes, que no sois obedientes: la castidad, la humildad, la obediencia, no son los sentimientos, o pasiones por la pureza, por la verdad práctica, que esto es la humildad, por la sumisión racional: no, son virtudes, las virtudes son fuerza; i hai fortaleza; hai sacrificio en ser casto, humilde, obediente. La religion tambien es virtud, i por lo mismo es fuerza; se necesita fortaleza, sacrificio, i sacrificio de la mala pasión de la soberbia, para comenzar por rendir nuestra razon a la razon de Dios, a la palabra de Dios.

Ningun ser inteligente niega el deber de amar a Dios; i los cristianos lo tienen como precepto positivo, el primero i máximo de los mandamientos de la lei. Pues bien: ¿qué es lo que Jesucristo pone en su Evangelio por criterio infalible de la observancia de este mandamiento? Este mandato es de amar a Dios soberanamente en todo. Para su cumplimiento dió Dios al hombre la pasión del amor, que se lo facilita. ¿Pero con los impulsos de la pasión, con sus movimientos afectivos se cumple el precepto? Hasta aquí no hai mas que pasión, movimiento.